



Testigo, cronista y persona. Reflexiones sobre la diferencia cultural en el marco del trabajo con los Ye'kwana de Venezuela

Nalúa Rosa Silva Monterrey

Recibido: 03/09/2022. Aceptado: 31/10/2022. Publicado en línea: 5 julio 2023

Resumen. Durante más de veinticinco años trabajamos con los Ye'kwana de la Cuenca del río Caura en Venezuela y en numerosos trabajos de campo hemos visto situaciones en las que ha sido difícil mantenernos solo como testigos y no intervenir para alterar dicha actividad.

Las situaciones que presentaremos son recordadas por nosotros como difíciles de trabajar dado que en ellas nos confrontamos con nuestra propia forma de ver el mundo y nuestros sentimientos, pero fieles a nuestra formación de respeto de la diversidad cultural observamos, documentamos y analizamos.

Fuera del trabajo campo y con varios años transcurridos nos preguntamos si en algunas situaciones ¿ser espectador es lo correcto?, ¿hasta qué punto era necesario intervenir?, ¿cómo?, ¿qué hubiera pasado? ¿Cómo nos sentimos nosotros?

Estos eventos y otros serán presentados, y reflexionados dentro del artículo.

Palabras clave. Antropología; Reflexión; Comportamiento; Persona; Profesionalismo; Respeto.

Witness, chronicler and person. Reflections on cultural difference in the framework of fieldwork with the ye'kwana of venezuela

Abstract. For more than twenty-five years we have worked with the Ye'kwana of the Caura River Basin in Venezuela and in numerous fieldworks we have seen situations in which it has been difficult to remain only as a witness and not to interfere to alter the activity.

The situations that we will present are remembered as difficult to work with since in them we were confronted with our own world view and our feelings but faithful to our formation of respect for the cultural diversity we observe, document and analyze.

Outside of fieldwork and after several years, we ask ourselves if in some situations, being a spectator was the right thing to do? To what extent was it necessary to intervene? How? What would have happened? How did we feel?

These events will be presented, and reflected on within the article.

Keywords. Anthropology; Reflection; Behavior; Person; Professionalism; Respect.

Introducción

Este artículo fue presentado como ponencia en el 56° Congreso Internacional de Americanistas realizado en Salamanca, España, en el marco del simposio sobre “Valores y ética del antropólogo frente a la

diferencia cultural en América”, coordinado conjuntamente con el Dr. Manuel Lizarralde.

Hemos querido reflexionar sobre nuestro propio quehacer como antropólogos y el comportamiento que tenemos frente a sucesos que entran en conflicto con nuestros propios valores y preceptos morales.

Durante aproximadamente veinticinco años trabajamos con los Ye'kwana de la Cuenca del río Caura en Venezuela y en numerosos trabajos de campo hemos visto situaciones en las que ha sido difícil mantenernos sólo como testigos y cronistas y no intervenir para alterar dicha actividad.

Las situaciones que presentaremos son recordadas por nosotros como difíciles de trabajar dado que en ellas nos confrontamos con nuestra propia forma de ver el mundo y con nuestros sentimientos sintiéndonos incómodos frente a lo que veíamos, o lo que estaba sucediendo, pero fieles a nuestra formación de respeto de la diversidad cultural observamos, documentamos y analizamos.

Fuera del trabajo campo y con varios años transcurridos nos preguntamos: ¿Ser espectador es lo correcto? ¿Hasta qué punto era necesario intervenir? ¿Cómo? ¿Qué hubiera pasado si no lo hacemos? ¿Cómo nos sentimos nosotros?

Cabe señalar que, en mi caso, durante mis estudios de pre-grado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, la premisa de formación del antropólogo¹ combinaba, de acuerdo a la propuesta de Palerm (1982, I:16-17), los estudios de fuentes de la historia y la etnología con trabajos de campo en tres niveles: a) el del choque cultural. B) el abordaje de la realidad concreta de los procesos de cambio sociocultural. C) la praxis etnológica en todos sus aspectos (*Ibidem*:16-18). Por lo tanto, en esa Escuela los estudiantes de todas las disciplinas antropológicas eran puestos en contacto desde temprano con la realidad de los pueblos culturalmente diferenciados de la sociedad nacional y llevados a trabajos de campo supervisados por antropólogos de larga trayectoria. La primera finalidad de ese trabajo de campo en el tercer semestre era justamente exponer al estudiante al quehacer propio de la carrera a fin de definir la verdadera vocación, es decir, la primera fase del proceso formativo de Palerm, el del *choque cultural*. Después de este primer trabajo de campo más del cincuenta por ciento de los estudiantes se retiraban, o al menos eso era lo que sucedía cuando yo estudiaba. Posteriormente y como un requisito para graduarse se requería al menos seis meses acreditados de trabajo en campo.

¹ Mi especialidad a nivel de licenciatura es la Antropología Física más sin embargo el esquema de formación era similar para todos los estudiantes de antropología.

Es decir que cuando inicié mi vida profesional, y disculpen que hable en primera persona pero el tema obliga, ya tenía experiencia de campo como para que me fuera fácil abordar el estudio de cualquier sociedad humana.

Cabe mencionar que yo soy venezolana y mi desarrollo profesional se ha llevado a cabo sobre todo en Venezuela adonde regresé después de finalizar mis estudios de pregrado. Consideraba que siendo los indígenas ye'kwana de la cuenca del Caura, no solo indígenas venezolanos sino además de mi propia región, teníamos una serie de elementos comunes que acortaban las diferencias culturales. De hecho, fueron los mismos ye'kwana los que me invitaron a trabajar con ellos en el año 1988 y quienes, además, organizaron mi viaje para realizar una estancia prolongada de investigación en sus comunidades en la cuenca del río Caura.

Desde un principio me sentí cómoda, lo cual pude constatar revisando los diarios de campo para la realización de este artículo; en esa revisión me di cuenta que, al referirme a mí misma, mis notas muestran que mis sentimientos, percepciones y experiencias eran de alguien que estaba tranquila, cómoda, feliz. La mejor prueba es que durante el desarrollo de los trabajos de campo a lo largo de veinticinco años, por muy difíciles que fueran las condiciones de trabajo no me enfermaba, incluso después de navegar dos semanas por río bajo el sol y la lluvia o caminar kilómetros en caminos de selva.

Esta alegría de encontrarme en el campo, con la gente, son el corolario, sin embargo, a un trabajo que no todo el tiempo es fácil, y que luego de muchos años podemos reflexionar en un afán de entendernos como profesional, como personas y de compartir con los estudiantes y profesionales momentos interesantes de los cuáles casi nunca se habla en nuestra profesión.

La antropóloga en observación

En los primeros contactos con los Ye'kwana, cuando no hablaba nada de la lengua y no conocía a las personas, la observación era el método privilegiado, describía casi todo y me interesaba en todo. Al mismo tiempo, los Ye'kwana me observaban a mí. En una ocasión me sentí como un pájaro en una jaula cuando para pernoctar me prestaron una casa que tenía tela metálica en las paredes abiertas y por lo tanto se podía mirar hacia el interior. Muchas personas, particularmente niños y jóvenes, se pegaban a la tela metálica para ver lo que yo hacía dentro de la vivienda. Conversaban y reían viéndome; era casi como una televisión en vivo. Yo por mi parte trataba de no hacer nada muy personal, como desvestirme, por ejemplo, y simplemente les dejaba verme hasta que ellos se cansaban.

En otra oportunidad estando en una comunidad para un trabajo específico, en la que compartía la misma casa con un colega antropólogo, entraron durante la noche a la vivienda y me sorprendieron, al despertarme alumbrándome con una linterna; lo mismo hicieron llegando al sitio en donde estaba el colega. Los intrusos salieron rápidamente, sin que pudiéramos determinar quiénes eran o qué querían. Este hecho inusual no tuvo otra explicación para mí, que el cerciorarse de si teníamos algún vínculo amoroso o sexual. Es decir, nosotros también les causábamos curiosidad, y ellos fueron a verificar si era verdad que no teníamos otros vínculos fuera de los profesionales entre nosotros; al menos esa fue la única explicación que encontré.

En los primeros trabajos de campo pasaba muchas horas con las mujeres, quienes trataban de enseñarme a hablar su idioma o llegaban simplemente a mi casa a acompañarme. De esta manera yo aprendí a hacer cestas, collares, pulseras, a cocinar como ellas, a jugar con los niños sus propios juegos, a estar atenta y conversar sobre los temas favoritos hablando sobre los posibles novios, sobre los novios formales, sobre los esposos, a participar de las bromas blancas entre los géneros, a conocer las prohibiciones alimentarias y a respetarlas, especialmente durante la menstruación, cuando no podía comer nada de cacería, ni la mayoría de los pescados, pues tendría consecuencia para el grupo. Es decir que en el proceso de inmersión cultural ellos me fueron conociendo a mí y yo por mi parte les fui conociendo a ellos. En el contacto asumí muchos de sus parámetros culturales y morales: sus normas, sus valores, sus reglas, las cuáles debían ser también respetadas por mí. Muchos de los elementos aprendidos se han mantenido en mi vida como prácticas incluso fuera del mundo ye'kwana.

La observación y el papel de cronista en el campo, ha hecho que mis notas sean casi totalmente descriptivas. En ellas no se cuestiona ni analiza, simplemente se recoge y relata. En ese mutuo reconocimiento de los primeros trabajos de campo se fueron generando vínculos de trabajo, de solidaridad y afecto que han durado hasta el día de hoy.

¿Quién es ella?

Para los Ye'kwana, las relaciones de parentesco ponen el límite a la sociedad en su conjunto y dicen quién es o no es ye'kwana (Silva Monterrey 2015). Por eso lo primero que hacen es preguntar a los visitantes, incluyéndome, ¿de dónde vienes? ¿quién es tu madre y tu padre? ¿tienes hijos? ¿estás casada? y cómo se llama cada persona cercana a mí. Si viajo con alguien, sea hombre o mujer, me preguntarán del nexo entre nosotros, por lo que, en aras de no generar equívocos, siempre me ubico dentro de las categorías de consanguinidad y no de

alianzas; así en relación a un misionero o una médico con los que viaje les dije que éramos “como hermanos” o “como hermanas”.

Después de muchos años los Ye'kwana han tratado de integrarme a su mundo de diferentes maneras por lo cual mi nombre cambió de acuerdo a la tradición ye'kwana para ser llamada por el nombre de mi hijo mayor; tengo ahijados dentro del grupo y soy visitada constantemente.

Una vez situada dentro del esquema societario, definido mi rol como persona y mi trabajo, me abrían fácilmente las puertas y sólo en dos ocasiones puedo decir que hubo problemas en cuanto a lo que yo realizaba. En una ocasión se corrió la voz de que yo estaba estudiando el comportamiento sexual del grupo. Eso era grave pues se equiparaba mi supuesta actuación con la del “mal” (representado por un personaje de su mitología, *Odosha*) dado que se decía que yo “me asomaba en la noche a espiar a la gente para ver cómo tenían relaciones sexuales”. Esto no era cierto; afortunadamente no tenían ningún indicio salvo la maledicencia de quien lo dijo. Pero eso generó rumores peligrosos que hubieran podido terminar en mi expulsión del pueblo. Afortunadamente el rumor no tenía ninguna veracidad y ellos mismos se dieron cuenta de que eran falsos. Dónde inició el rumor, no lo sé. Lo cierto es que el chisme puede ser un mecanismo de control; como ha sido dicho (Silva Monterrey 2015: 280), es una forma de control social entre los Ye'kwana

En una oportunidad quise observar la actividad cinegética, y cuando ya estaba lista para partir con un hombre a cazar, se presentaron unos ancianos como voluntarios para acompañarme a fin de cuidar mi reputación dado que las mujeres solas no salen de cacería con hombres casados. En esta situación la esposa del cazador entendía aparentemente que yo únicamente iba a trabajar, pero no así el resto de la comunidad. Finalmente la actividad se suspendió. Es decir que no es sólo lo que el antropólogo siente y percibe, sino también la forma en cómo las comunidades reciben el trabajo y la presencia del antropólogo.

En muchas ocasiones he sido sujeto de preocupación y cuidado por parte de ellos como en el caso anterior o como una vez en la que hubo un robo y la familia cercana a mi lugar de pernocta me llamó para que fuera a dormir a una casa con una señora y su familia para que no estuviera sola pues temían por mi seguridad. O en otra ocasión en la que me torcí un tobillo y me tuvieron que llevar cargada en el paso por los raudales pues no podía caminar.

Las normas locales

Siempre cuando llego a una comunidad, lo primero que hago es explicar a las autoridades del sitio cuál es el objetivo de mi trabajo, cómo se realizará y qué haré después con la información pues, aunque ya tenga permiso y la reiteración de la autorización local previa para trabajar, esa

nueva aclaratoria no está demás. Esta explicación se la doy, además, a todas las personas que entrevisto, quienes así estarán claras de lo que significa que yo les pregunte ciertas cosas o que las entreviste formalmente.

Nunca he pagado por información² pues aunque he encontrado gente que sabe más que otra, he trabajado y conversado con tanta gente en mis trabajos de campo sin enfocarme en lo que dice una sola persona (o como dirían algunos de mis colegas “un informante”) en particular, suele suceder que al final resulte que he recogido la visión, historias y aventuras de numerosas personas. Cuando he trabajado, por ejemplo, con genealogías, son muchos los que aportan y ha sido mi labor ir reconstruyendo las relaciones entre las personas y validando la información. Esta forma de trabajar difiere de la que tienen otros colegas que trabajan con informantes pagados, focalizándose en el conocimiento de un sólo individuo.

Lo importante para la gente con la que he trabajado es el cumplimiento de los acuerdos y compromisos asumidos durante el trabajo, por ejemplo, dar copia de las tesis, de las publicaciones, mantener el respeto a las personas, y, durante muchos años, no tomar fotos.

Los pueblos que visitamos tienen sus leyes y normas morales particulares, sus límites, y uno tiene que aprender a moverse dentro de esos límites y ver cuáles son los parámetros que ellos manejan para no meterse en problemas. Encontramos que hay normas compartidas entre los Ye'kwana y el resto de la sociedad venezolana como no matar, no robar, no levantar falsos testimonios. Otras pautas de comportamiento propias de las mujeres ye'kwana como ser “recatadas, discretas, trabajadoras, no ruidosas, no bebedoras, fieles a su cónyuge” me resultaban también afines a las mías propias.

Sin embargo, algunas relacionadas con la obligación de atención y servicio de las mujeres hacia los hombres, la separación de los espacios de convivencia en función del género, o la permisividad sexual de los jóvenes, me resultaban menos cómodas y por lo tanto, a excepción de la separación de los espacios de convivencia, no las practicaba, liberada en cierto modo por la responsabilidad por ser “*Iaranavi*” (es decir, en su idioma, “venezolana no indígena”).

El comportamiento ruidoso y bebedor de los hombres no me resultaba tan extraño pues los venezolanos en general también son así.

² Entre mis colegas norteamericanos esto es común, retribuir económicamente a los informantes. En Venezuela no lo acostumbramos, pero, además, ¿con qué hubiera podido pagar? A mí me ha tocado trabajar con buena voluntad, pero con recursos limitados.

Los datos

En campo, la cotidianidad de las comunidades ocupa casi todo mi tiempo. Hoy en día me doy cuenta que es esta la que ocupa mayormente a las personas: las actividades agrícolas, de caza, pesca, recolección, construcción de viviendas, o el cuidado de los niños y de los enfermos, es lo que hace normalmente la gente. El uso del tiempo libre también tiene su tinte de cotidianidad, pues los niños salen de la escuela alborotados, descansan y en la tarde juegan. Las mujeres hacen artesanías, conversan, cosen y se visitan en su tiempo libre. Los hombres van a la *annaka* (casa comunitaria) a conversar.

Periódicamente, y según la época del año, la cotidianidad es interrumpida por los ritos estacionales, fiestas por la finalización de algún trabajo o por los sucesos extraordinarios. Estos últimos por su misma denominación no ocurren todo el tiempo.

Aprendí que los momentos fundamentales de la vida como el nacimiento, el paso a la edad adulta, la enfermedad y la muerte, están llenos de ritos, prescripciones y prohibiciones. Pero no es sólo en esos momentos en donde se expresa la visión del mundo y la espiritualidad. En la cotidianidad también se aprecian estos elementos: la forma de comer, la combinación de alimentos, su preparación, todo depende de las creencias, de la edad de la persona, de su estado en ese momento y de su situación familiar.

Poco a poco fui adentrándome en el idioma, en las normas de cortesía, y en el comportamiento ye'kwana; a la par que me conocían y se acostumbraban a mi presencia los Ye'kwana perdieron el interés en observarme y el deseo de situarme dentro de la estructura de su sociedad. Al final reconocían que yo era mujer, que me comportaba como tal pero era al mismo tiempo diferente con acceso al mundo de los hombres, a sus espacios y a sus conversaciones, pero que eso era momentáneo y sucedía cuando estaba trabajando; luego, fuera del trabajo, era yo, una mujer "visitante" extranjera, una *iaranavi*.

Algunos antropólogos hablan de que las mujeres antropólogas somos a menudo *honorary man*, es decir, una especie de "hombres honorarios", cuando estamos en trabajo de campo, pero en mi caso si eso sucedía en algún momento era sólo cuando estaba trabajando en los espacios masculinos, pues en el trabajo con las mujeres y en mi tiempo libre las mujeres me veían como una congénere. De esta forma pude recoger datos que correspondían tanto al universo masculino como al femenino, dejando registrado no sólo la información sino en muchas ocasiones lo que las personas opinaban respecto a cualquier tema.

El manejo de los datos

Los antropólogos somos cronistas del mundo que estudiamos; esta es una condición necesaria para entender el espacio del otro. Esta comprensión debe generar la valoración de la diversidad cultural y un espíritu de paz y convivencia entre los pueblos; al menos esa es la motivación que me ha guiado. Por lo tanto, y siendo fieles a la verdad etnográfica, los datos deben ser presentados de forma tal que no causen perjuicio a las personas o comunidades en las que trabajamos, por muy delicados que estos sean. En primera instancia y salvo que conscientemente queramos destacar la sabiduría de una persona, en el texto guardamos la confidencialidad con respecto al nombre de los informantes, enmascarándolos en el texto o simplemente cambiándolos. En algunos casos, como los que tienen que ver con las genealogías, en los que queremos que esta información pueda ser usada por ellos mismos en el futuro, generamos claves sencillas que lleven a los indígenas a hacer la reconstrucción con cierta facilidad, trabajo que para el lector no resulta interesante a menos que tenga un interés particular. Es decir, tratamos de no exponer a las personas en su individualidad. En segunda instancia referimos los hechos y sucesos de forma general sin identificar necesariamente a las personas; la identidad sólo se refiere en aspectos generalmente inocuos.

Otra cuestión es la forma en que presentamos los hechos, cuando tocan temas delicados; lo hacemos de tal manera que nos centramos en el hecho social, su explicación y no emitimos juicios en torno a este.

Algunos temas delicados de los que hemos tenido información se refieren a:

- 1) Infanticidios
- 2) Matrimonios abuelo-nieta reales con diferencias de edades enormes
- 3) Abortos
- 4) Maltrato a la mujer
- 5) Asesinatos o matanzas

Algunos casos, que consideramos graves, desde nuestro punto de vista, fueron registrados sin referir al informante, y en una ocasión en que se me relató un conflicto bélico fuera del territorio en el marco de un problema nacional con saldo de muchos muertos, ni siquiera quise registrar el suceso en mi diario de campo. No lo escribí, tuve mucho temor de hacerlo y aún hoy en día me guardo los detalles del mismo.

Hemos recogido información muy dura en los que el rol de cronista o de testigo nos pone en situaciones diferentes. Siendo los momentos en que hemos sido testigos los que más nos han interpelado a nosotros mismos como persona.

Choque cultural

A pesar del entrenamiento, la experiencia, y el conocimiento de la sociedad ye'kwana, en algunos momentos me he sentido incómoda o con dificultades para comportarme adecuadamente frente a algunos hechos, para no mostrar mis sentimientos de desacuerdo, estupor o rabia frente tales, como ejemplificaré con las situaciones reales que expongo a continuación:

- 1) En el rito de iniciación femenina las jóvenes, niñas aún, que tienen su primera menstruación, son obligadas a beber yadake (bebida fermentada de yuca) hasta que caen desmayadas, simbólicamente muertas a la niñez. Observando el rito, vi como las niñas al inicio están bien dispuestas a consumir el yadake, pero a medida que se van llenando y no pueden beber más, empiezan a rechazarlo, pero las obligan a beberlo, hasta que efectivamente caen desmayadas. A mí me costó mucho ver esto, permanecer tranquila y no intervenir e interrumpir; como antropóloga sabía grosso modo como era el rito, pero ver los detalles me resultó difícil; sin embargo, permanecí impassible hasta el final como un testigo más.
- 2) Una vez un shamán “malo”³ visitó una comunidad en donde yo me encontraba. El señor en cuestión incluso me visitó en mi casa y conversó conmigo, pero la gente le temía. Cuando el shamán se regresaba a su pueblo, pidió llevarse a una joven de una familia cercana y querida por mí, para que se casara con su sobrino. En la sociedad ye'kwana la residencia postmatrimonial es uxorilocal por lo tanto las mujeres no se mueven de sus comunidades. La familia de la joven no quería entregarla y la muchacha no quería irse; toda la familia discutía sobre eso, pero al final se decidió hacer la voluntad del shamán so riesgo de sufrir su venganza. Vi a su abuelo, abuela, madre y familia llorar, los vecinos hablando bajito entre ellos y la muchacha llorosa y resignada partir. Yo quería oponerme, correr, detenerla, protegerla, pero llena de impotencia me quedé impassible viéndola alejarse.

Varios años después he preguntado por ella, el matrimonio con el sobrino del shamán se deshizo al cabo de varios años y la joven se mudó con otra pareja a otra comunidad.

- 3) En una ocasión en que me encontraba compartiendo alojamiento con una compañera entró violentamente un muchacho borracho y empezó a bajarse los pantalones quedando desnudo, abalanzándose sobre mi compañera. Yo le encaré y repelí empujándolo, grité y evité que la cosa

³ “Malo” de acuerdo a los parámetros de los Ye'kwana. Este señor hacía cosas para “dañar” a los otros.

pasara a mayores hasta que llegó la ayuda. Los hombres se lo llevaron y al día siguiente se hizo una reunión del Consejo de Ancianos para determinar cuál sería el castigo. Mientras tanto, mi compañera y yo, furiosas, hubiéramos querido intervenir en la reunión, pero no nos llamaron y no podíamos entrar por nuestra cuenta. Sabíamos desde lejos que estaban debatiendo cuál sería “el castigo” pero no podíamos intervenir. Finalmente se acordó que el hombre debería limpiar de maleza, a mano, todas las áreas aledañas a la casa común, un sitio público en el centro del pueblo. Mi compañera y yo queríamos un castigo más severo, pero nos tuvimos que conformar con eso y con el hecho de que unos días después el muchacho fue sacado de la comunidad por un tiempo.

Otro asunto que no toqué fue el de tener información sobre el acoso de un abuelo a su nieta. Cabe acotar que el matrimonio abuelo-nieta real es aceptado por lo Ye'kwana dentro de un esquema de matrimonios intergeneracionales permitidos, independientemente de la edad. En algún momento tuvimos conocimiento de que un abuelo de más de 70 años intentaba convivir con una nieta, de 10 años aproximadamente, quien lo rechazaba. La rabia y repulsión que eso me generaba era compartida con otras personas de la comunidad quienes veían mal la actuación del viejo a pesar de que la regla lo permitía. Convertir esta situación solamente en “un dato” es algo difícil.

Lo que recogemos en campo, se convierte en un dato aséptico que nos permite aproximarnos a la estructura, a la organización en la cual el antropólogo como persona desaparece. Es esto lo que diferencia al explorador del científico. El primero narra en primera persona, el antropólogo se pierde en medio de la información y la analiza como si fuera un dato biológico, estadístico o de cualquier otro tipo. Es decir, de forma “científica”. Al trabajar la información para su divulgación y difusión, los sentimientos nuestros, nuestros estados de ánimo son dejados totalmente de lado. En este último ejemplo lo único que queda es recordar que en esa sociedad “los matrimonios intergeneracionales abuelo-nieta son permitidos”.

Ha habido otras ocasiones, siendo testigos, en las que me he sentido incómoda o molesta, pero he logrado comportarme, mantener la calma, sin comprometer mi trabajo, aunque no sin haberme cuestionado cuál sería el comportamiento que debía seguir.

Ética y moral

Nos preguntamos ¿era ético el no intervenir para evitar, por ejemplo, que se llevaran a la joven? ¿Es correcto no denunciar los hechos vividos por otras personas cuando han sido extremadamente violentos y nos los

han referido? Los antropólogos no tomamos decisiones por otros; no nos inmiscuimos en las decisiones que las personas, las familias y las autoridades locales toman; únicamente somos cronistas y testigos, más no actores.

Nosotros estamos allí para estudiar, documentar, no para accionar, y, desde un principio, como ya dijimos, cuando llegamos a la comunidad explicamos en qué consiste nuestro trabajo y cuáles nuestros compromisos.

La realidad local nos fue mostrando cuáles eran las reglas a seguir, las normas de comportamiento, los valores societarios. Incluso hay cosas que los mismos ye'kwana viven que les disgustan, como el abuso del shamán, pero lo aceptan porque el castigo o el peligro que causaría el rebelarse son mayores que la pérdida.

Nosotros no somos relativistas morales, no aceptamos los valores del otro y los justificamos en aras de la diferencia cultural. Nosotros tenemos nuestros propios valores y parámetros de lo que es bueno o malo, más sin embargo nuestro trabajo como antropólogos no es el de un juez que define quién es inocente o culpable, o juzgar a una cultura; tampoco el de un abogado que acusa o defiende. Nuestro papel es el del investigador que recopila los hechos, los analiza y los presenta ante el mundo para que este comprenda que existen personas que viven y piensan de una forma particular que no necesariamente es la nuestra. Es el respeto a la diferencia cultural simplemente.

El antropólogo militante

Es difícil que, después de convivir con un pueblo, ver sus necesidades y sus luchas, uno no se comprometa con ellos en aras del mejoramiento de su calidad de vida en función de sus propios proyectos.

Esto sucede a menudo; los antropólogos nos volvemos militantes de las causas indígenas y de defensa de los derechos humanos, pero desde nuestro mundo, en nuestro mundo y como una herramienta para que las comunidades alcancen sus objetivos. Les acompañamos, asesoramos, y les orientamos.

Ellos se convierten en parte de nuestra vida y nosotros somos parte de su red de amigos, de sus aliados. Esto ocurre sin embargo sin que renunciemos a nuestra función de científicos sociales, más bien ponemos nuestro conocimiento a su servicio; esa es otra forma de ver la ética, asumir un compromiso con quienes nos han ayudado a construirnos como personas y como profesionales.

En ese ejercicio militante, conocemos a la gente con la que trabajamos, sabemos de sus cosas buenas y malas y decidimos acompañarles o no, libremente. Sin embargo, no es función del científico el ser militante; son dos cosas diferentes y no siempre la primera conlleva a la segunda.

Consideraciones finales

En este trabajo hemos querido reflejar las pautas que rigen el comportamiento nuestro frente a la diferencia personal. En primer lugar, el respeto a la diversidad y a la diferencia cultural. En segundo lugar, la no intervención en los asuntos internos de la comunidad, a menos que eso contribuya claramente a mejorar su calidad de vida, como la ocasión en que ayudamos a sacar vía aérea a una niña con apendicitis, quien, de no ocurrir tal traslado, hubiera muerto.

La información a las comunidades sobre nuestro quehacer y el uso de los datos recogidos se hace guardando la confidencialidad de las fuentes salvo que esto redunde positivamente en su reputación, aunque esto en casos excepcionales. En lo posible se procura un cumplimiento de los compromisos contraídos y, en nuestro caso particular, un acompañamiento militante en pro del mejoramiento de su calidad de vida.

Creo que esos aspectos reflejan un compromiso moral que ha guiado de forma respetuosa nuestro trabajo y, por lo tanto, creemos que hemos actuado de forma ética a pesar de haber sido testigos de hechos que nos han desagradado o nos han resultado difíciles de contemplar sin intervenir.

Cuando se nos ha pedido que vayamos más allá, que intervengamos, que pongamos nuestro conocimiento al servicio de sus causas, lo hemos hecho con gusto, como puede testimoniarse, por ejemplo, en las luchas por el reconocimiento territorial, por citar sólo un ejemplo.

Sin embargo, siempre existe el cuestionamiento propio: ¿Hice lo mejor? ¿En qué hubiera cambiado la situación si hubiera hecho algo diferente? ¿Hubiera sido profesional? Yo también soy una persona.

Bibliografía

PALERM, ÁNGEL

1982 *Historia de la Etnología. Los Precursores*. Tomo I. México: Alhambra Universidad Mexicana. S.A.

SILVA MONTERREY, NALÚA ROSA

2015 *Poder, Parentesco y Sociedad. Entre los Ye'kwana del Caura-Venezuela*. Quito-Ecuador: Abya-Yala.

Nalúa Rosa Silva Monterrey

Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional
Experimental de Guayana. nalua.silva@gmail.com
